

*A MARY McCARTHY con amistad*



## LA MENTIRA EN POLÍTICA

### Reflexiones sobre los Documentos del Pentágono

“No es agradable contemplar a la mayor superpotencia del mundo matando o hiriendo gravemente cada semana a millares de personas no combatientes mientras trata de someter a una nación pequeña y atrasada en una pugna cuya justificación es ásperamente discutida.”

ROBERT S. MCNAMARA



## I

Los *Documentos del Pentágono* –como han llegado a denominarse los cuarenta y siete volúmenes de la “Historia del Proceso de Toma de Decisiones en la Política de Vietnam” (encargada por el Secretario de Defensa, Robert McNamara, en junio de 1967 y completada un año y medio después), desde que el *New York Times* publicó en junio de 1971 este secretísimo y copioso archivo sobre el papel desempeñado por los norteamericanos en Indochina desde la Segunda Guerra Mundial a mayo de 1968– cuentan historias diferentes y enseñan lecciones diferentes a los diversos lectores. Algunos afirman que recién ahora comprenden que Vietnam fue el “lógico” resultado de la Guerra Fría o de la ideología anticomunista; otros, que es una oportunidad única para conocer los procesos de elaboración de decisiones gubernamentales; pero la mayoría de los lectores coincide en señalar que la cuestión básica suscitada por los documentos es el fraude. En todo caso resulta completamente obvio que este era el punto predominante para aquellos que compilaron los *Documentos del Pentágono* para el *New York Times* y es al menos probable que también fuera una cuestión importante para el equipo de redactores que preparó los cuarenta y siete volúmenes de la obra original<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> En palabras de Leslie H. Gelb, que dirigió el equipo: “Resulta, desde luego, predominante la cuestión crucial de la credibilidad del Gobierno”. Véase “Today’s Lessons from the Pentagon Papers” en *Life*, 17 de septiembre de 1971.

La famosa crisis de credibilidad que nos acompañó durante seis largos años, se transformó de repente en abismal. La ciénaga de mendaces declaraciones de todo tipo, de engaños y de autoengaños, es capaz de tragar a cualquier lector que se aproxime a este material que, desgraciadamente, debe ser considerado como la infraestructura de casi una década de política exterior e interior de los Estados Unidos.

A causa de las descomunales dimensiones de la falta de sinceridad política en los niveles más altos de gobierno, y también a causa de la actitud concomitante de permitir que la mentira proliferara en todos los organismos gubernamentales, militares y civiles –falsificación de cifras de cadáveres en las misiones de “búsqueda y destrucción”, sesudos informes de la Fuerza Aérea tras los bombardeos<sup>2</sup>, informes a Washington acerca de los “progresos” realizados, elaborados “in situ” por subordinados conocedores de que su tarea sería evaluada por sus propios reportes<sup>3</sup>– uno se siente fácilmente tentado de olvidar el telón de fondo de la Historia pasada, que no es exactamente un relato de inmaculadas virtudes y ante el que este reciente episodio debe ser considerado y juzgado.

El secreto –que diplomáticamente se denomina “discreción”, así como los *arcana imperii*, los misterios del gobierno– y el engaño, la deliberada falsedad y la mentira lisa y llana utilizados como medios legítimos para obtener fines políticos, nos han acompañado desde el comienzo de la Historia conocida. La sinceridad nunca ha figurado entre las virtudes políticas y las mentiras siempre han sido consideradas en los ámbitos políticos como medios justificables.

---

<sup>2</sup> Ralph Stavins, Richard J. Barnet y Marcus G. Raskin, *Whashington Plans an Aggressive War*, New York, 1971, pp. 185-187

<sup>3</sup> Daniel Ellsberg, “The Quagmire Myth and the Stalemate Machine”, en *Public Policy*, primavera de 1971, pp. 262-263. Véase también Leslie H. Gelb, “Vietnam: The System Worked”, en *Foreign Policy*, verano de 1971, p. 153.

Cualquiera que reflexione sobre estas cuestiones no puede sino sorprenderse al advertir cuán poca atención se le ha concedido en nuestra tradición de pensamiento filosófico y político a su significado, por un lado en lo que se refiere a la naturaleza de la acción y por otro en lo que hace a nuestra capacidad para negar en pensamiento y palabra lo que venga al caso. Esta capacidad activa y agresiva se diferencia claramente de nuestra pasiva inclinación a ser presa del error, de la ilusión, de las tergiversaciones de la memoria y de cuanto pueda ser responsable de los errores de nuestro sistema sensitivo y mental.

Una característica de la acción humana es que siempre inicia algo nuevo, y esto no significa que siempre pueda comenzar *ab ovo*, crear *ex nihilo*. Para dar espacio a la acción es necesario eliminar o destruir algo antes, y hacer que las cosas experimenten un cambio. Dicho cambio resultaría imposible si no pudiésemos abstraernos mentalmente de donde nos hallamos físicamente e *imaginar* que las cosas pueden ser diferentes de lo que son en realidad. En otras palabras, la deliberada negación de la verdad fáctica –la capacidad de mentir– y la habilidad para modificar los hechos –la capacidad de actuar– están interconectadas. Deben su existencia a la misma fuente: la imaginación. En modo alguno cabe considerar como algo obvio que podamos *decir*: “El sol brilla” cuando en realidad está lloviendo (la pérdida de esta capacidad es consecuencia de ciertas lesiones cerebrales); más bien indica que, aunque estemos bien preparados sensitiva e intelectualmente, no estamos encajados o acoplados en el mundo como una de sus partes inalienables. Somos *libres* de cambiar el mundo y de comenzar algo nuevo. Sin la libertad mental para negar o afirmar la existencia, para decir “sí” o “no” –no simplemente para expresar acuerdo o desacuerdo con declaraciones o propuestas, sino con las cosas tal como se presentan, más allá del acuerdo o del desacuerdo, a nuestros órganos de percepción y cognición– ninguna acción

sería posible; y la acción es, desde luego, la verdadera materia prima de la política<sup>4</sup>.

Por consiguiente, cuando hablamos de la mentira, y especialmente de la mentira de los hombres de acción, recordemos que la mentira no se desliza en la política por algún accidente de la iniquidad humana. Sólo por esta razón es improbable que la indignación moral la haga desaparecer. La falsedad deliberada se ocupa de hechos *contingentes*, es decir, de cuestiones que no contienen una verdad intrínseca, ni lo necesitan. Las verdades fácticas nunca son necesariamente ciertas. El historiador sabe cuán vulnerable es el entramado de los hechos en los que transcurre nuestra vida cotidiana; siempre corre peligro de ser horadado por mentiras individuales o hecho trizas por la falsedad organizada de grupos, naciones o clases, o negado y tergiversado, cuidadosamente oculto tras infinidad de mentiras o simplemente librado al olvido. Los hechos necesitan un testimonio para ser recordados y testigos confiables que den prueba para encontrar un lugar seguro en el terreno de los asuntos humanos. De aquí se sigue que ninguna declaración fáctica pueda situarse más allá de toda duda –tan segura y protegida contra los ataques, como, por ejemplo, la afirmación de que dos más dos son cuatro.

Es esta fragilidad la que hace del engaño algo hasta cierto punto tan fácil y tentador. Nunca llega a entrar en conflicto con la razón, ya que las cosas podrían haber sido como el mentiroso asegura que son. Las mentiras resultan a menudo más plausibles, mucho más atractivas a la razón que la realidad misma, dado que el mentiroso tiene la gran ventaja de conocer de antemano lo que su audiencia desea o espera oír. Ha preparado su relato para el consumo público con el cuidado de hacerlo verosímil, mientras que la realidad tiene la

---

<sup>4</sup> Para más consideraciones generales sobre la relación entre verdad y política, véase mi trabajo “Truth and Politics”, en *Between Past and Future*, segunda edición, New York, 1968. [ed. en español: Península, Barcelona, 1996]

desconcertante costumbre de enfrentarnos con lo inesperado, para lo que no estamos preparados.

En circunstancias normales el mentiroso es derrotado por la realidad, para la que no existe sucedáneo; por amplio que sea el tejido de falsedades que un avezado mentiroso pueda ofrecer, jamás resultará suficiente, aunque recurra a la ayuda de computadoras, como para ocultar la inmensidad de lo fáctico. Al mentiroso, que puede imponer cualquier cifra de mentiras individualizadas, le resultará imposible imponer la mentira como principio. Esta es una de las lecciones que se pueden extraer de los experimentos totalitarios y de la aterradora confianza que tienen los dictadores en el poder de la mentira, en su habilidad, por ejemplo, para reescribir la Historia una y otra vez con el objeto de adaptar el pasado a la “línea política” del presente o para eliminar información que no encaja dentro de su ideología. Así, en una economía socialista, negarán la existencia de la desocupación, haciendo del desocupado alguien que carece de existencia real.

Los resultados de estos experimentos, cuando los emprenden quienes poseen recursos violentos, son terribles; pero el engaño perdurable no figura entre sus logros. Siempre se llega a un punto más allá del cual la mentira se vuelve contraproducente. Este punto se alcanza cuando la audiencia a la que se dirigen las mentiras se ve forzada, para poder sobrevivir, a rechazar en su totalidad la línea divisoria entre verdad y mentira. No importa que algo sea verdadero o falso si la vida de cada uno depende de que actúe como si lo creyera verdadero; la verdad en la que se puede confiar desaparece totalmente de la vida pública, y con ella el principal factor estabilizador en los siempre cambiantes asuntos humanos.

A los diversos tipos de arte de la mentira desarrollados en el pasado debemos añadir dos variedades recientes. Existe, *en primer lugar*, la mentira aparentemente inocua de los especialistas en relaciones públicas al servicio del gobierno, que aprendieron su oficio en la inventiva publicitaria de Madison

Avenue. Las relaciones públicas son una variedad de la publicidad; de modo que tienen su origen en la sociedad de consumo, con su desordenado apetito de bienes que circulan a través de la economía de mercado. El inconveniente de la mentalidad del especialista en relaciones públicas es que opera solamente con opiniones y “buena voluntad”, con la predisposición a comprar, es decir con intangibles cuya realidad concreta es mínima. Esto significa que puede llegar a considerar en su inventiva que el cielo es el límite, ya que carece del poder del político para actuar, para “crear” hechos, y por consiguiente de esa sencilla realidad cotidiana que fija límites al poder y baja a tierra las fuerzas de la imaginación.

La única limitación del especialista en relaciones públicas sobreviene cuando advierte que la misma gente que podría ser “manipulada” para adquirir una determinada clase de jabón, no puede ser manipulada –aunque desde luego pueda forzársela por el terror– para “adquirir” opiniones y puntos de vista políticos. De allí que la premisa psicológica de la manipulabilidad humana se haya convertido en uno de los principales artículos vendidos en el mercado de la opinión pública culta. Pero esas doctrinas no modifican la forma en que la gente asume sus opiniones ni le impiden actuar según sus propios criterios. Al margen del sistema del terror, el único método para lograr una influencia real sobre su conducta sigue siendo el de la zanahoria en la punta de una pértiga. No es sorprendente que la reciente generación de intelectuales que creció en la atmósfera insana de una publicidad desenfrenada y a la que se le enseñó que la mitad de la política es “fabricación de imágenes” y la otra mitad el arte de hacer creer en las apariencias, retroceda casi automáticamente a los viejos trucos de la zanahoria y la pértiga en cuanto la situación se torne demasiado seria para la “teoría”. Para ellos, la mayor decepción de la aventura de Vietnam debe haber sido descubrir que hay gente con la cual el método de la zanahoria y la pértiga no resulta eficaz.

(Resulta curioso que la única persona que puede ser víctima ideal de una completa manipulación sea el Presidente de Estados Unidos. A causa de la inmensidad de su tarea, debe rodearse de consejeros, los “Gerentes de la Seguridad Nacional”, como han sido recientemente denominados por Richard J. Barnet, que “ejercen fundamentalmente su poder filtrando la información que llega hasta el Presidente y dándole una interpretación del mundo exterior”<sup>5</sup>. Se siente la tentación de decir que el Presidente, supuestamente el hombre más poderoso del país más poderoso, es la única persona de la nación cuya gama de decisiones puede estar predeterminada. Naturalmente, esto sólo puede suceder si la rama del Ejecutivo ha cortado todos sus contactos con los poderes legislativos del Congreso; es la consecuencia lógica en nuestro sistema de gobierno si el Senado ha sido privado o se muestra escasamente inclinado a hacer uso del poder de participar y aconsejar en la gestión de la política exterior. Una de las funciones del Senado, como sabemos, es la de proteger el proceso de elaboración de decisiones contra las tendencias y los caprichos pasajeros de la sociedad en general –en este caso, las estridencias de nuestra sociedad de consumo y de los especialistas en relaciones públicas que la proveen).

La *segunda* nueva variedad del arte de mentir, aunque menos frecuente en la vida cotidiana, desempeña un papel más importante en los Documentos del Pentágono. Resulta especialmente efectiva con hombres de categoría, con aquellos que más probablemente pueden situarse en los puestos superiores de la administración civil. Son estos, según la afortunada frase de Neil Sheehan, “profesionales de la resolución de problemas”<sup>6</sup> y han llegado al gobierno desde las universidades y de

<sup>5</sup> En Stavins, Barket, Raskin, *op. cit.*, p. 199.

<sup>6</sup> *The Pentagon Papers*, tal como fueron publicados por *The New York Times*, Nueva York, 1971, p. xiv. Mi ensayo fue preparado antes de la aparición de las ediciones publicadas por la Government Printing Office y Beacon Press, y desde luego se basa exclusivamente en la edición de Bantam.